

*P*ARENTESCOS
INSÓLITOS DEL
LENGUAJE

FERNANDO A. NAVARRO



*palabras
mayores*
ediciones
del **Prado**

ÍNDICE

Prólogo de Laura Munoa	VII	cónyuge y coyuntura	51
Introducción	IX	corbata y croata	54
<hr/> a <hr/>		cosmético y cosmonauta	55
álbum y albúmina	1	cristianismo y cretinismo	56
amnesia y amnistía	4	cuarentena y cuaresma	58
anatómico y atómico	10	cuco y cóccix	60
Argentina y arcilla	11	<hr/> d <hr/>	
ártico y Arturo	14	dato y dote	62
asesino y hachís	16	dendrita y rododendro	64
atlas y atlas	17	diabetes y acróbata	65
<hr/> b <hr/>		duodeno y docena	67
bacilo e imbécil	19	<hr/> e <hr/>	
barriga y barricada	20	enfermo y firmamento	69
bizcocho y albaricoque	22	escafoides y escafandra	70
<hr/> c <hr/>		esclavo y eslavo	72
calvicie y calavera	24	esfínter y esfinge	74
calzoncillo y calzador	25	espalda y espada	75
camello y camelia	27	estufa y estofado	77
caníbal y caribeño	28	<hr/> f <hr/>	
capado y cabrón	30	fiebre y febrero	79
castidad y castigo	36	foso y fósil	81
catedrático y cadera	37	<hr/> g <hr/>	
cereales y <i>pop corn</i>	38	gladiador y gladiolo	83
chándal y alioli	40	grúa y grulla	84
chotis y Scotland Yard	41	<hr/> h <hr/>	
claudicar y Claudia Schiffer	42	hamburguesa y burgalesa	87
clínica y clima	44		
cónclave y clavel	47		

higo e hígado	94
Hipócrates e hipopótamo	96
hormiga y hormigonera	98

i

incubar y concubina	101
infancia e infamia	103

l

lenguado y legrado	108
--------------------------	-----

m

madre y matrimonio	110
mareo y marisco	115
marido y mariachi	118
mariquita y marioneta	119
mastodonte y Amazonas	124
melancólico y malandrín	125
menisco y menopausia	128
mercería y mercenario	129
Miguel y Alá	132
muñeca y muñón	135
músculo y musaraña	136

n

nafragio y nauseabundo	139
Neandertal y dólar	141

o

orzuelo y horchata	144
--------------------------	-----

p

padre y patria	146
paella y penique	151
pantalón y san Pantaleón	153
párpado y palpitación	154
pediatra y pedante	156
pelo y pelota	157
pene y penicilina	161
pirómano y piropo	162
pómulo y pomada	164
pontífice y Pontevedra	165
porquería y porcelana	167
pulga y pulgada	170

pulpo y pólipo	173
pupila y pápula	174

r

rábano y rabadilla	176
rival y reúma	177
robo y ropa	180
rótula y rotulador	181

s

sepsis y seta	185
síndrome y dromedario	186

t

trufa y tuberculosis	189
tumor y tumba	190
turbante y tulipán	192

v

vacuna y vaquero	195
vagina y vainilla	197
vándalo y andaluz	198
venéreo y venerable	200
verde y verdugo	203
veterano y veterinario	205
viril y virtual	207

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0

10: dinero	210
9: noviembre	212
8: octavilla	214
7: septentrional	216
6: siesta	219
5: esguince	221
4: cuatrero	224
3: testículo	228
2: dudar	233
1: universidad	236
0: cifra	240

Bibliografía	243
Índice de etimologías	253
Dedicatoria ectópica y prolija	285

A MODO DE PRÓLOGO

Souvent [...] j'ai accompli de délicieux voyages, embarqué sur un mot dans les abîmes du passé, comme l'insecte qui flotte au gré d'un fleuve sur quelque brin d'herbe. Parti de la Grèce, j'arrivais à Rome et traversais l'étendue des âges modernes. Quel beau livre ne composerait-on pas en racontant la vie et les aventures d'un mot ?

HONORÉ DE BALZAC: Histoire intellectuelle de Louis Lambert

Querido X.:

Apunta en el debe de nuestro común amigo Fernando Navarro el retraso en responderte. Tuvo Fernando la peregrina idea de proponerme que prologara su recopilación de «parentescos insólitos del lenguaje» (ya sabes que a veces no hay peor tóxico para el sentido común que la amistad); llevo, pues, tiempo intentando hilar el pertinente discurso erudito, con resultados tan magros que he decidido hacer un alto para hablarte en privado del libro, por un instante olvidada de que nunca sabré hacer del prólogo la borgiana «especie lateral de la crítica».

¿Recuerdas aquella película de Clouzot, *Le mystère Picasso*? ¿Recuerdas nuestro pasmo al ver al maestro ligando los primeros trazos dispersos para componer la celebérrima gallina? ¿Y aquel pueblecito costero del que nos fue mostrando todos los aspectos, posibles e imposibles? Igual de pasmado te sentirás cuando, en tu avatar de insecto louis-lambertiano, desciendas el río que nace mucho más allá de Grecia y serpentea por entre el abigarrado bosque genealógico de las palabras. Aguza el oído y las escucharás, ruidosas y bullentes, susurrando sabrosos secretos de familia que tienen en Fernando a su cronista más fiel, porque, enamorado hasta los tuétanos de las palabras, sólo encuentra descanso en saberlo todo de ellas: sus orígenes remotos y aun oscuros, sus bastardías bárbaras, sus retoños cultos, soberbios y excluyentes, su prole humilde que jamás

pisará la universidad... Con estos mimbres se tejen los *Parentescos*; con ellos y con la voluntad de Fernando de demostrar que las indagaciones etimológicas reservan tantas sorpresas como esos análisis comparativos del genoma según los cuales, deliciosa ironía, el pariente más cercano del zanquilargo flamenco es el zampullín.

Pero, en sus *Parentescos*, no se limita Fernando a tender puentes con sillares traídos de antiquísimas tierras indoiranias, de la Europa boreal y de todas las orillas del Mediterráneo, para enlazar voces en apariencia dispares. Como Picasso ante aquel vidrio/lienzo transiluminado de *Le mystère...*, traza con pasión y destreza el paisaje plurilingüe de un culebrón etimológico magistral, mixtura densa y succulenta de novela histórica, viajes en el tiempo, crónica social, sabiduría popular, cosmopolitismo, erudición científico-médica y rigor filológico, materializada en cien diadas, cien sabores, cien aromas, cien bocados celestiales: un banquete digno de Tz'u-hsi.

¿No crees que prologar un libro que se explica a sí mismo con tanta claridad es redundante? Quizá debería señalarle a Fernando que cuanto yo podría decirle al lector se resume maravillosamente en el exhorto a tu apreciado obispo de Hipona: «Tolle, lege».

Con afecto,

Laura



INTRODUCCIÓN

«La etimología, ciencia que estudia el origen de las palabras, nos depara a veces sorpresas inauditas. Es fácil adivinar, por supuesto, que ‘neurona’ y ‘neuralgia’ comparten un origen común. Pero, ¿quién hubiera dicho lo mismo de ‘bacilo’ e ‘imbécil’? ¿O de ‘doctor’ y ‘dócil’, ‘hígado’ e ‘higo’, ‘sarcoma’ y ‘sarcófago’, ‘calcáneo’ y ‘calzoncillo’, ‘afasia’ e ‘infancia’, ‘enfermo’ y ‘firmamento’, ‘menisco’ y ‘menopausia’?». Con estas frases daba comienzo, en enero de 1998, una curiosa serie etimológica que he venido publicando periódicamente desde entonces; primero, en la revista española *Jano*; luego, en la estadounidense *Médico Interamericano*. De la recopilación y reelaboración de todos estos artículos y otros dispersos publicados de forma impresa —en revistas como *Galeno*, *Actas Dermo-Sifiliográficas*, *Dimensión Humana* o *El Mes* de Basilea— o electrónica —en el *Rinconete* del Centro Virtual Cervantes, *Panace@* o la *Página del idioma español*—, con la incorporación de buen número de capítulos inéditos, ha surgido este libro de *Parentescos insólitos del lenguaje*.

La idea original es bien sencilla; se trata, básicamente, de llamar la atención del lector con una pareja de palabras gráfica y fonéticamente semejantes, pero de muy distinto significado. Tras esa sorpresa inicial, intento demostrar al lector que ambas palabras, por increíble que parezca, comparten efectivamente un origen común. Ello me permite realizar un recorrido histórico por las raíces helénicas y latinas de nuestra lengua e ir descubriendo así historias curiosísimas: ¿cómo, a partir del calcáneo, creó la moda en su devenir histórico el calzado, los calcetines y los calzoncillos?; ¿por qué llamamos ‘niña’ a la pupila del ojo?; ¿qué relación guardan los cosméticos con los cosmonautas?; ¿cómo es eso de que los cristianos son unos cretinos?; ¿por qué dio nombre el higo a la más voluminosa de las vísceras abdominales?; ¿es posible que, al menos desde el punto de vista etimológico, la vida conyugal sea un yugo, y el trabajo una tortura?; si el clima no tiene influencia alguna sobre el climaterio, ¿por qué ambas palabras están estrechamente emparentadas?

Pero no sólo de las dos lenguas clásicas hablaremos en las doscientas y pico páginas que siguen; nuestras correrías etimológicas habrán de llevarnos con frecuencia a los principales idiomas modernos. Sabremos, por ejemplo, por qué ‘mes’ se dice *lunâ* en rumano y ‘mama’ se dice *poma* en portugués; por qué la *orzata* italiana no lleva

chufa, sino cebada; por qué el francés *rhume* no significa 'reúma', ni el catalán *cadira* significa 'cadera'; o por qué los alemanes llaman *Typhus* a una enfermedad que no es el tifus, y los ingleses usan *infantile* de modo distinto a nuestro 'infantil'.

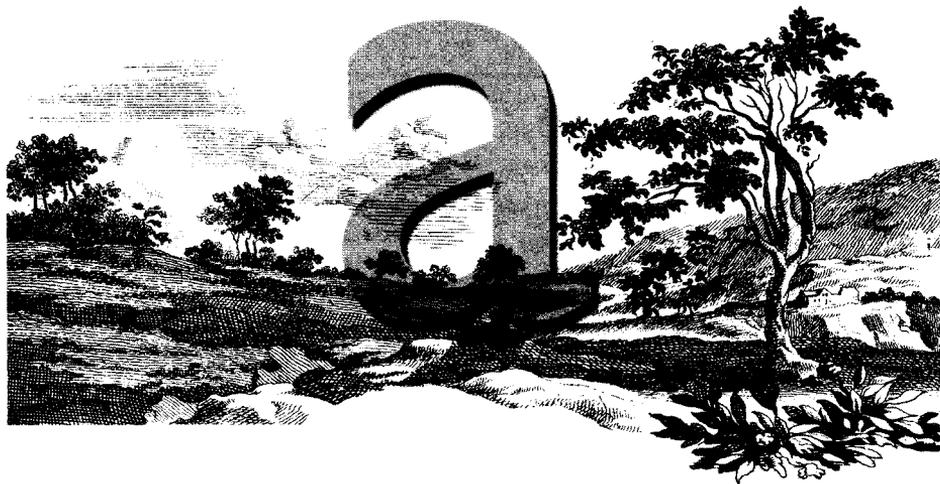
El lector atento observará, a buen seguro, que los términos propios del lenguaje médico asoman una y otra vez en las páginas del libro, con una frecuencia inusitada, desproporcionada. Ello puede obedecer, cierto, a la especial relación de cariño que todas las personas —y de modo especial los médicos— mantenemos con nuestra profesión, pero también al hecho de que el lenguaje especializado de la medicina, con dos mil quinientos años de historia a sus espaldas, se presta de forma admirable al juego etimológico. No tema de todas formas el lector, porque este que sostiene abierto en las manos no es, en absoluto, un libro de medicina. En la mayor parte de los capítulos, las ramas de un árbol etimológico determinado habrán de llevarnos a las vertientes más diversas de la cultura —entendida ésta como el conjunto de las actividades y conocimientos humanos—, en un mariposeo constante del cine a la gastronomía, de la química a la literatura, de la historia sagrada a la profana, de la música a la zoología. En la mayor parte de los casos, los senderos que se apartan del hilo etimológico central quedan sólo apuntados, de modo que el lector puede cerrar el libro o dejarlo caer de vez en cuando, y recorrer mentalmente los caminos apenas esbozados, las nuevas asociaciones, los recuerdos personales que tal o cual palabra le traen a la memoria.

Sucede de vez en cuando que alguna de las palabras comentadas permite establecer una asociación directa con un hilo etimológico contenido en otra parte del libro. En estos casos, he incluido remisiones internas con el símbolo ► seguido de la primera palabra del título del capítulo correspondiente en versalitas. Dado que los capítulos del libro están dispuestos por orden alfabético, las remisiones pueden seguirse sin dificultad. Así, cuando en el capítulo «foso y fósil» hablemos del hombre de Atapuerca, la remisión ► PORQUERÍA indica que la etimología del nombre 'Atapuerca' se explica en el capítulo «porquería y porcelana», que se encuentra entre «pontífice y Pontevedra» y «pulgar y pulgada». Confío en que el uso de remisiones, unido a algunos recursos tipográficos de que me he servido para facilitar la comprensión del texto —*letra cursiva* para las palabras arcaicas o extranjeras; 'comillas sencillas' para indicar usos metalingüísticos y significados, y «comillas latinas» para destacar citas textuales, frases hechas o usos especiales—, permitan al lector desenvolverse con soltura por este libro que pretende ser, más que nada, una aventura, un recorrido fascinante por el mundo maravilloso de los idiomas.

Invito al lector, pues, a que me acompañe en esta aventura, pase esta hoja y se disponga a penetrar en el prodigioso mundo de las lenguas —tanto clásicas como actuales— con la esperanza de llegar a descubrir, ¿quién sabe?, tal vez un amor apasionado por el idioma propio, y por el de los demás.

FERNANDO A. NAVARRO

Kaiseraugst, día de Reyes del 2002

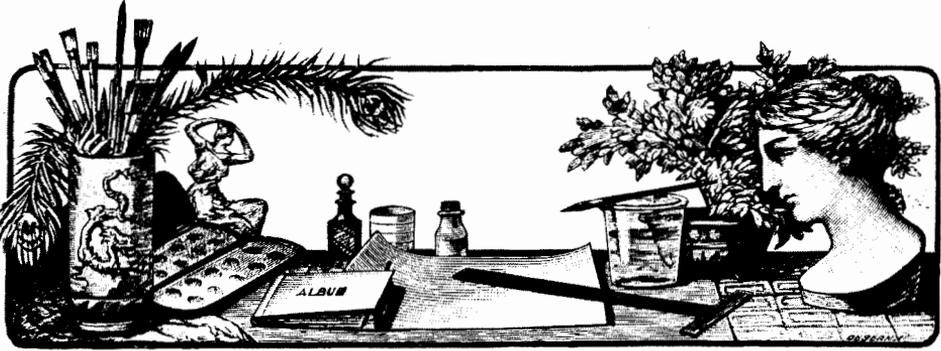


álb^um y albúmina

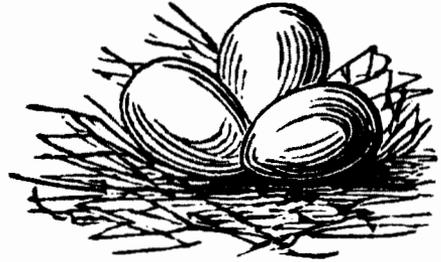
El azar y los caprichos del orden alfabético han querido que este libro de *Parentescos insólitos del lenguaje* comience con un capítulo dedicado al color blanco. Para que nadie me tilde de racista, no obstante, anuncio de entrada al lector que en la página 125 [►MELANCÓLICO] dedico otro a su antónimo, el negro, que en griego llamaban μέλας. Y para ser aún más políticamente correcto, si cabe, daré inicio ahora a este primer viaje etimológico no desde el griego, sino desde el latín *albus*.

Su forma femenina, *alba*, se utiliza todavía, sin haber experimentado cambio alguno en su escritura, para designar la túnica religiosa de lienzo blanco que los sacerdotes se ponen sobre el hábito para celebrar los oficios divinos; y usamos **alba** también como sinónimo de aurora: «La del alba sería... », tal es el famoso comienzo del capítulo IV del Quijote. De modo semejante, el **albor** es la luz del alba, aunque este vocablo se usa más en sentido figurado para transmitir la idea de inicio de alguna cosa; si alguien nos habla de los albores de la vida, por ejemplo, se está refiriendo a la infancia. Y volviendo al alba, cuando se toca música para festejar a alguien, la llamamos ‘serenata’ si tiene lugar de noche, pero **alborada** si se toca al amanecer.

A diferencia del castellano, la mayoría de los idiomas extranjeros carecen de una palabra específica para la clara del huevo, que llaman sencillamente «lo blanco del huevo»; así sucede en inglés (*egg white*), francés (*blanc d’œuf*), alemán (*Eiweiß*), italiano (*bianco d’uovo*), rumano (*albuș de ou*), holandés (*eiwit*), danés (*æggehvide*), sueco (*äggvita*), búlgaro (*bialko*), servocroata (*bielánjak*), ruso (белок) y muchas otras lenguas. Igual sucedía en latín con la expresión *albumen ovi*, posteriormente abreviada a *albumen*, *albuminis*. Y del latín deriva, a través del francés *albumine*, el nombre **albúmina** que recibe la proteína más abundante en la clara de huevo. Esta proteína, presente no sólo en los huevos (**ovoalbúmina**), sino también en la leche (**lactoalbúmina**) y la sangre (**seroal-**



búmina), reviste gran interés en medicina, como atestiguan las palabras **albuminuria**, **albuminoide** o **hipoalbuminemia**, de uso frecuente entre galenos. En alemán, incluso, la palabra *Eiweiß* tiene tres significados: 'clara de huevo', 'albúmina' y 'proteína', en una generalización fácilmente explicable si tenemos en cuenta que la albúmina es la proteína más abundante en los animales.



En la antigua Roma, el *album* era un encerado blanco en el cual los funcionarios romanos daban a conocer sus edictos al pueblo; en él se inscribían también las decisiones del pretor, las fiestas solemnes y los nombres de los magistrados. Existía, por ejemplo, el *album senatorium*, donde se hallaba la lista de todos los senadores. He escrito, por cierto, «encerado blanco», y no es redundancia; claro está que los encerados, por definición, se preparan con cera y han de ser por fuerza blancos como la cera; pero no menos cierto es que, curiosamente, los encerados actuales son en su mayoría negros o muy oscuros, como las pizarras. Pero dejemos la historia de los encerados para otra ocasión y volvamos ahora al álbum. El sentido moderno de **álbum** nació en la Alemania del siglo XVIII, donde se llamaba *Album amicorum* a un librito en el que se pedía a los amigos que escribieran unas palabras y su firma. De ahí que hoy llamemos 'álbum' a cualquier libro o cuaderno en blanco, cuyas hojas se llenan con poesías, sellos, recuerdos, fotos, frases, cromos, autógrafos u otras zarandajas. Es también curioso, por cierto, que los modernos álbumes de cromos, cuyo monopolio europeo ostentan los hermanos Panini, aparezcan rebosantes de colorines y no contengan ni media hoja en blanco. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Éstas son las sorpresas que nos depara la etimología, bromista incorregible!

Recién iniciado el tercer milenio, podemos toparnos con el latín *albus* donde menos lo esperamos. Es poco probable que el médico actual, sedentario y animal de ciudad, conozca la **uva albilla**, una variedad de uva blanca de grano menudo y dorado, muy dulce, que se utiliza para elaborar el **vino albillo**. Seguramente tampoco sepa que los caballos que tienen blancas las cuatro patas se llaman **cuatralbos** (y **tresalbos** si tie-

nen blancas sólo tres). Es de esperar, no obstante, que al menos le suene la palabra **albugo**, con que se conocen tanto las manchas blancas de la córnea como las pequeñas manchas blancas de las uñas. Y, si no ha olvidado la anatomía que estudió en los primeros cursos de la carrera, recordará que llamamos **túnica albugínea**, según el nombre que le diera el anatomista danés Gaspar Bartolino, a la cápsula que rodea los testículos, de color blanquecino, muy similar a la *albuginea oculi* o esclerótica del ojo. Algunos etimólogos franceses, rizando el rizo, llegan incluso a afirmar que el francés *aveugle* ('ciego') proviene de una hipotética forma latina *alboculus* ('ojo blanco').

Cuentan que, en la época de los grandes descubrimientos marítimos, los navegantes portugueses y españoles vieron, entre las tribus de negros de la costa occidental de África, algunos de color blanco debido a un defecto de pigmentación, y los llamaron 'negros albinos'. Hoy este vocablo de origen ibérico ha pasado al idioma internacional de la medicina para dar nombre al defecto de pigmentación conocido como **albinismo**, ocasionado por una deficiencia metabólica en la conversión de la tirosina en melanina. El término 'albinismo' se aplica por igual a las personas y los animales, como sin duda saben bien los responsables del parque zoológico de Barcelona, mundialmente famoso desde hace más de treinta años por albergar el único gorila albino del mundo, el popular Copito de Nieve o *Floquet de Neu*, que se trajo a España el biólogo Jordi Sabater de una expedición a las selvas de Río Muni, por entonces todavía españolas. Un origen similar al comentado para el albinismo cabe aducir, fuera de la península Ibérica, para el francés *alborne* ('rubio') o el inglés *auburn* ('castaño claro').

La blancura de los acantilados de la costa de Dover, contemplados desde el canal de la Mancha, explica el nombre de *Albion* que dieron los romanos a la isla de Gran Bretaña. Lo de «la pérfida Albión» fue posterior, y surgió a buen seguro en Francia como consecuencia de la característica desconfianza que los franceses han mostrado desde siempre hacia sus vecinos del otro lado del canal. En muchos libros se ha atribuido esa expresión al emperador Napoleón Bonaparte, pero es sin duda anterior a él. En la hoja correspondiente al 5 de febrero de 1793 del *Calendrier Républicain*, sin ir más lejos, pueden leerse los siguientes versos firmados por un tal Ximénez:

Attaquons dans ses eaux la perfide Albion,
que nos fastes s'ouvrant par sa destruction
marquent les jours de la victoire.

Hablando como estamos del color blanco, ¿cabe imaginar algo más blanco que la típica blancura deslumbrante de los pueblos andaluces? Pues no se consigue con ningún detergente de los que anuncian en televisión, sino enluciendo o enjalbegando las paredes de sus casas. Y del latín vulgar *exalbicare* ('blanquear') deriva precisamente este uso nuestro de **enjalbegar** en el sentido de 'blanquear las paredes con cal o yeso'.

Aprovecharé el último párrafo de este primer capítulo para contar la curiosa historia de otra alba palabra, en esta ocasión para mayor disfrute de los ornitólogos, si es que hay alguno, cosa que dudo, entre los lectores de este libro. El nombre del alcatraz, águila marina de plumaje blanco, deriva directamente del árabe *al-gattas* y nada tiene